

## TRES ESCULTURAS OLMECAS DE LA COLECCIÓN SÁENZ

*Beatriz de la Fuente*

Mi catálogo *Escultura monumental olmeca*, que incluye la relación descriptiva de 204 piezas atribuidas a esta cultura, fue publicado en 1973. Después de ese año, he procurado dar a conocer los monumentos que, por diferentes razones, no se incorporaron originalmente a ese conjunto escultórico.

Unos de ellos fueron descubiertos después de la publicación del catálogo; de otros, ya entonces descubiertos, tuve conocimiento hace poco tiempo. Aquéllos han sido estudiados por mí y por Pohorilenko;<sup>1</sup> en algunos de éstos me ocupo en el presente artículo, cuyo propósito es completar y enriquecer la información del catálogo inicial.

La colección de Josué y Jacqueline Sáenz es bien conocida entre quienes se interesan por el mundo prehispánico; el número de piezas que la constituyen y la excepcional calidad artística de muchas de ellas, justifican su renombre.

Tres son las esculturas monumentales olmecas que se conservan en la colección: dos representan imágenes híbridas, compuestas de varios elementos, y puede decirse con certeza que formaban parte de una escultura mayor; la tercera es una cabeza humana, sin rasgos de otra especie que alteren su fisonomía; desde el principio, fue labrada como tal, carente de cuerpo que la sustentara. Las tres fueron talladas en basalto.

En distintas ocasiones he asentado que la figura humana es núcleo primordial de la representación en la plástica olmeca. Sobre la estructura humana se modifica, en ocasiones, la manera de figurar los rasgos del rostro, la forma de la cabeza y, con menos frecuencia, las extremidades. La cabeza se deforma prolongándola hacia arriba; o bien en lugar de ojos se excavan rectángulos, escuadras, siluetas

<sup>1</sup> De la Fuente, B., "Sobre una escultura olmeca recientemente encontrada en La Venta, Tabasco", en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm. 45, vol. XIII, UNAM. México, 1976, p. 31-43. *Idem*, "Sobre una cabeza de piedra en el Museo Nacional de Antropología", en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm. 46, vol. XIII, UNAM. México, 1976, p. 21-24. Pohorilenko, A., Artículo inédito para ser publicado en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*.

en forma de coma o bien, si los ojos se representan, se les colocan las comisuras internas apuntando hacia abajo, de tal modo que pareciera que pretenden reproducir los ojos del jaguar; las narices se hacen sumamente cortas y anchas; los labios se vuelven hacia arriba describiendo una figura trapezoidal y se entreabren para dejar ver la encía desdentada o los grandes colmillos que emergen y se tuercen; las comisuras de la boca se marcan hacia abajo. Por su parte, las extremidades, en particular las inferiores, se ven sustituidas a veces por garras de ave o de felino.

La imaginiería olmeca tiene, pues, numerosos matices que van desde la representación de la figura humana de acuerdo con el modelo dado por la naturaleza visible —basta recordar, por ejemplo, las cabezas colosales y el Monumento 1 de Cuauhtotolapan— hasta las figuras que se distancian considerablemente de la realidad perceptible como los monumentos 1 y 2 de Laguna de los Cerros y el Monumento 11 de La Venta. Entre estos extremos hay grados intermedios que participan del naturalismo y de la abstracción.

Las tres esculturas monumentales olmecas de la colección Sáenz muestran sucesivamente la representación que procura la proximidad del dato visual —Monumento 1, Cabeza humana—; la que conserva formas acordes a las de la naturaleza, pero usa de convenciones simbólicas —Monumento 2, Cabeza que formaba parte de una escultura mayor— y la que se aparta del dato perceptible en la realidad para crear una imagen fantástica compuesta de rasgos de distinto orden —Monumento 3, Cabeza que asimismo era parte de una escultura mayor.

### *Monumento 1, Cabeza humana (lámina 1)*

No se tiene información respecto a su procedencia. Su forma general se aproxima a la esfera, aunque en su vista posterior está ligeramente aplanada. Muestra estado general de desgaste, la punta de su nariz se encuentra mutilada, y se aprecian ranuras en la frente y en el cráneo. Mide 42 cm de alto; 41 cm de ancho máximo y 33 cm de espesor. En su vista anterior se labraron los rasgos faciales que, ciertamente, denotan individualidad; se trata del retrato de alguien que se ajusta al patrón étnico olmeca. Desafortunadamente los elementos que refuerzan el carácter individual de las cabezas olmecas,

se han perdido en ésta. Es imposible establecer ahora si, como suele ocurrir en otras esculturas de ese tipo, llevaba tocado o casquete ceñido a la cabeza; la impresión que da es que la amplia frente sigue la curvatura del cráneo, con el cual no hay separación alguna. Los arcos superciliares son prominentes y parece que se unían en abultado entrecejo. Los ojos están abiertos y son grandes, en forma de almendra y con las apuntadas comisuras dispuestas en un mismo eje horizontal; están limitados por el reborde continuo de los párpados, y colocados en superficies rehundidas. La nariz es de puente ancho que nace del fruncido entrecejo; sus alas son amplias, y parece haber sido chata. No hay espacio entre su base y el labio superior. La boca entreabierta es de labios gruesos; el de arriba describe una ligera curvatura, el inferior es recto. La comisura derecha, única que se conserva, se ve caída. Los púmulo son prominentes y destacan sobre los carrillos de apariencia carnosa. El mentón es breve y recto en su parte inferior. Es probable que usara orejeras como estrechos resaltes rectangulares con prolongaciones hacia las mejillas.

Aunque la Cabeza humana de la colección Sáenz no se integra plenamente al conjunto de cabezas colosales, y está concebida y realizada en menor escala, puede, sin embargo, incorporarse al conjunto de grandes esculturas olmecas; su material, su composición, sus cualidades formales y, tal vez, su significado, así lo indican. Volumen que ocupa su lugar en el espacio, su pesantez y sólido arraigo a la tierra es evidente. Está constituida como un bloque cerrado, y en la quietud de sus formas salientes y rehundimientos suavemente modelados, se percibe equilibrado ritmo plástico.

Ahora bien, si la Cabeza humana de la colección Sáenz no es, por sus dimensiones, equiparable a una cabeza colosal, tampoco tiene lugar entre las llamadas cabecitas colosales. Me refiero a pequeñas cabezas de piedra, sin soporte o cuerpo que las sostenga, que se han encontrado en la Mixtequilla veracruzana y, con menos frecuencia, en la zona nuclear olmeca. De las procedentes de tierra olmeca recuerdo tan sólo a tres. De dos de ellas me informó el arqueólogo Francisco Beverido, de la Universidad Veracruzana; tuve la oportunidad de ver la fotografía de una que procedía de La Venta y formaba parte de la colección particular de R. Bencomo E., y me parece que pudo haber servido de modelo de una cabeza colosal. La tercera se encuentra en la Sala de las Culturas del Golfo del Museo Nacional de Antropología y representa a un hombre muerto, rasgo que sugiere

que fue realizada en “una fase tardía posterior al auge de la cultura olmeca”.<sup>2</sup> Proviene, probablemente, de la región de Tres Zapotes.

No me cabe duda, si se toma en cuenta su estilo artístico, que esta escultura de la colección Sáenz es olmeca; considero inclusive que lleva consigo, en su composición equilibrada, en la justa proporción armónica de sus formas y en su pretendido anhelo de monumentalidad, elementos que la hermanan con las grandes tallas nacidas de esa cultura.

Se trata de una cabeza-retrato, y en su apego al dato visual muestra la vivacidad particular que se mira en alguna de las Cabezas Colosales. Pienso concretamente en la semejanza que guarda, en el material, en los rasgos físicos y en la expresión, con la Cabeza 3 de La Venta (lámina 2). En ambas el basalto es poroso y de rugosa textura —se ha dicho que la piedra de las cabezas de La Venta procede de Cerro Cintepec—;<sup>3</sup> los rasgos de las dos tienen mucho en común, en particular el que el ancho mayor del rostro se encuentra a la altura de los pómulos, el que los ojos son en forma de almendra, rehundidos y con las comisuras en el mismo eje horizontal, y están enmarcados por los párpados representados como rebordes. También en las dos, la expresión, de acuerdo con el dato natural, es ciertamente humana; y el resalte de los pómulos proviene de la aparente contracción de las mejillas. Las manifestaciones externas de un estado de ánimo apacible y confiado, vinculan entre sí a las dos cabezas; los rasgos formales por medio de los cuales comunican esa expresión son igualmente similares.

Acaso la Cabeza humana de la colección Sáenz procede de la región de La Venta, y su ubicación original fue un centro de menor importancia en el cual se emulaban las actividades relevantes de la gran capital. La talla de Cabezas Colosales que acaso representaban las dinastías de los gobernantes sagrados, llegó a ser en las dos principales ciudades olmecas — San Lorenzo y La Venta— y en una época determinada, acción de primerísima importancia. No es de extrañar que las pequeñas poblaciones que giraban en torno a aquéllas procuraran imitarlas.

<sup>2</sup> De la Fuente, B., “Sobre la cabeza de piedra en el Museo Nacional de Antropología”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, p. 23.

<sup>3</sup> Clewlow, C. W., et al., “Colossal Heads of the Olmec Culture”, en *Contributions of the University of California Archaeological Research Facility*, núm. 4, Berkeley, California, 1967, p. 9.

*Monumento 2, Cabeza que formaba parte  
de una escultura mayor (lámina 3)*

Se trata de una cabeza humana con tocado que le cubre el cráneo, y con una banda ondulante, a cada lado, situada atrás de las mejillas. En su vista anterior, la cabeza sin los adornos laterales y el cuello, puede quedar inscrita en un rectángulo. Se encuentra en mal estado de conservación y muestra efectos generales de desgaste. Mide 40 cm de alto, 41 cm de ancho máximo y 36 cm de espesor.

Los rasgos de su rostro no se alejan del dato natural, pero muestran en su representación una de las maneras convencionales de la estatuaria olmeca: la apariencia infantil. Estos rasgos de niño que no buscan la individualidad en la imagen y se limitan a repetir el arquetipo establecido, se encuentran en importantes esculturas olmecas, como el Monumento 77 de La Venta (lámina 4), "El Príncipe" de Cruz del Milagro y, desde luego, la criatura que sostiene en sus brazos el individuo sedente de la escultura de Las Limas.

En el añinado rostro de ésta a que ahora me refiero, se mira una breve porción de la frente que no se oculta por el tocado; el entrecejo es amplio y plano, y tal parece que estuvieron marcados los arcos superciliares. Los ojos son elípticos, ligeramente oblicuos, con las comisuras internas inclinadas hacia adentro. Los párpados, sobre todo los inferiores, se ven abultados. La nariz, ancha y chata, descansa directamente sobre el labio superior; la boca de labios gruesos está levemente entreabierta y deja en su interior un rehundimiento que describe una curva de extremos hacia abajo; las comisuras son rehundimientos circulares. El mentón es corto y protuberante, y las mejillas dan la impresión visual de ser llenas y carnosas. En lo que resta del cuello, se aprecia algo como una ligera y amplia depresión.

El tocado está constituido por dos bandas horizontales sobrepuestas. La inferior ciñe el cráneo desde el nivel de los arcos superciliares; la superior, que está colocada por encima, se encuentra separada de aquélla por medio de un rehundimiento horizontal.

Por atrás de las mejillas y cubriendo las orejas, están dos prolongaciones verticales onduladas; se extienden desde la altura de las comisuras externas de los ojos hasta el cuello. Se trata de un atributo simbólico cuya asociación con la imagen infantil es frecuente. Es similar al que lleva la figura fantástica humano-felina —Monumento

52 de San Lorenzo—, al del Monumento 77 de La Venta y al del niño de la escultura de Las Limas. Se encuentra también en numerosas tallas pequeñas en jadeíta.

Al igual que las esculturas antes mencionadas, y otras más, la Cabeza de la Colección Sáenz admite su inclusión dentro del conjunto que he llamado de figuras compuestas, porque combinan en una imagen rasgos fantásticos con otros cuyo aspecto es propiamente humano; no pretenden, pues, reproducir con fidelidad lo perceptible en la naturaleza, sino que les interesa representar la idea o el concepto de un ser, acaso sobrenatural y sagrado cuyo aspecto es invariable, de ahí su eficacia, y dotado de poderes que van más allá del campo de la acción humana.

*Monumento 3, Cabeza que formaba parte  
de una escultura mayor (lámina 5)*

De las tres grandes esculturas olmecas de la colección Sáenz, es ésta, sin duda, la que se aleja más considerablemente del modelo natural. Los rasgos humanos, como los ojos, apenas se descubren, ya que están encubiertos por rasgos inventados.

Otros están a tal punto distorsionados, como la boca y los colmillos, que configuran un rostro terrible; se combinan así, sobre una estructura remotamente humana, elementos que derivan del jaguar otros con que parecen imaginados y de apariencia abstracta.

Es entre las tres, también, la que más impresiona en su monumentalidad; el cuerpo que la sustentaba ha de haber sido ciertamente colosal. Mide 58 cm de alto, 43 cm de ancho máximo y 42 cm de espesor. Esculpida, como las demás en basalto poroso de color gris, muestra condiciones generales de desgaste; se han perdido los contornos de los rasgos faciales y de los ornamentos o atributos. Tiene numerosas oquedades pequeñas y una de mayor tamaño en la parte superior derecha del tocado.

Vista de frente, sin el cuello y los adornos laterales, puede inscribirse, aproximadamente, en una elipse. Está constituida por la cabeza propiamente dicha, por el tocado que se prolonga hacia arriba, y por las orejeras que, aunque de menor tamaño, son semejantes a las de la Cabeza 2 de la colección. El rostro es casi un ovoide; la frente es abultada, y los arcos superciliares son promi-

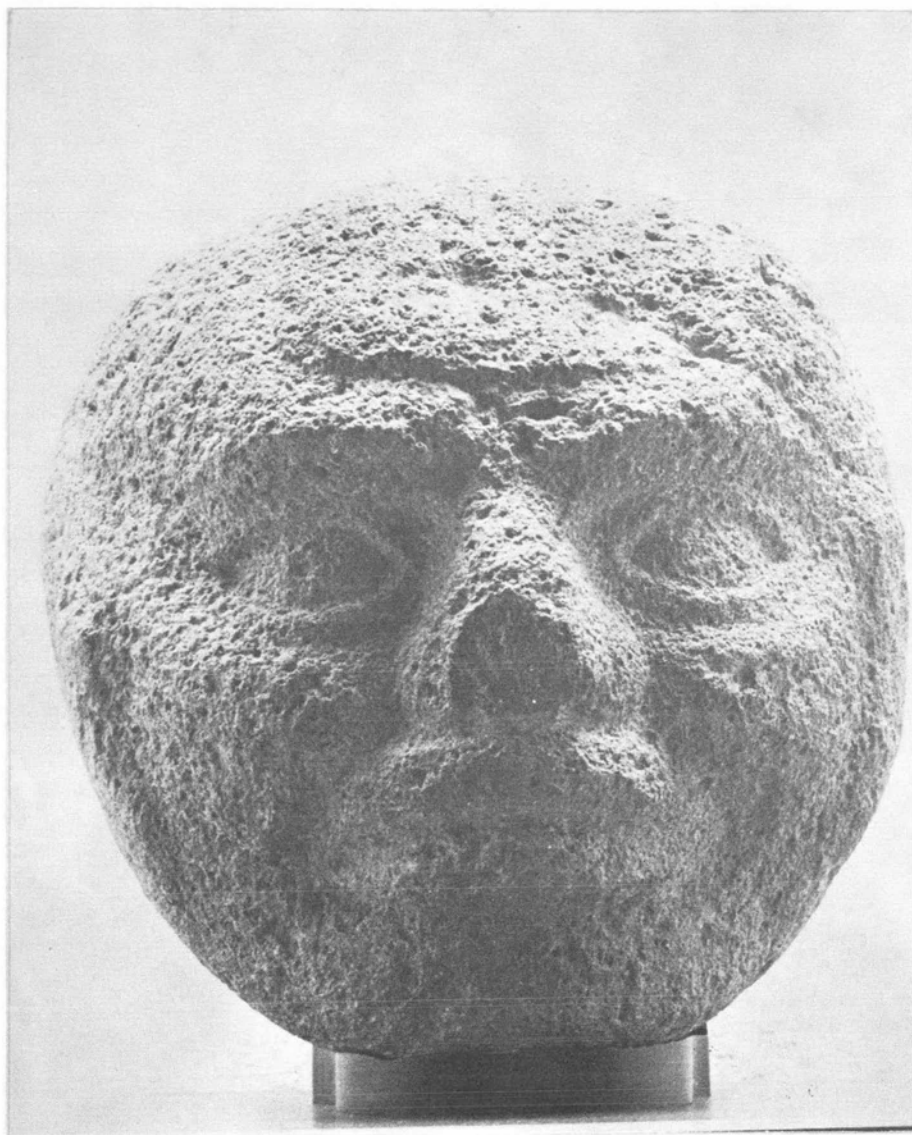


Lámina 1. Monumento 1, Cabeza humana. Colección Sáenz, México, D. F.



Lámina 2. Cabeza 3 de San Lorenzo. Museo de Antropología de la Universidad Veracruzana, Jalapa, Veracruz.

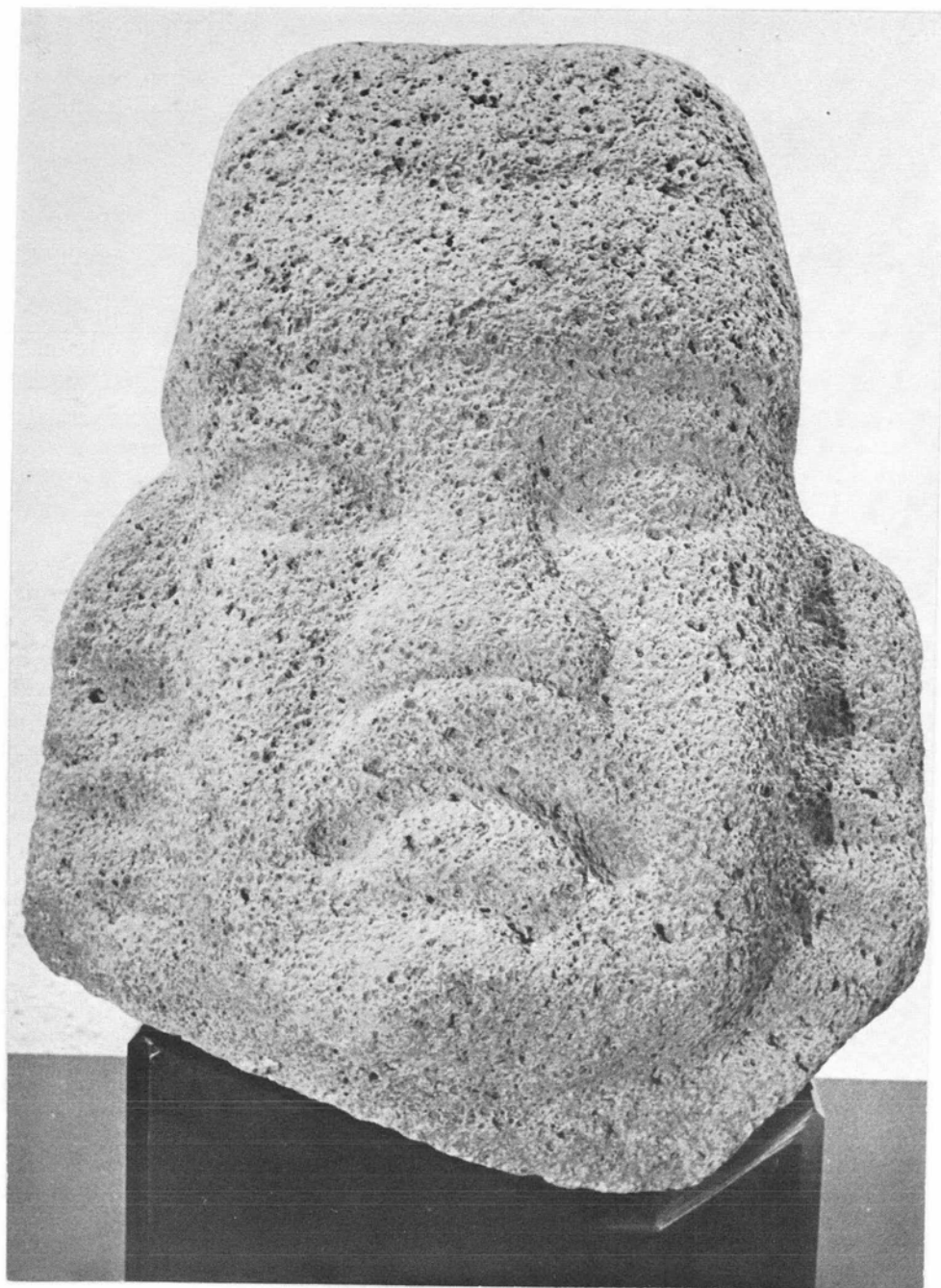


Lámina 3. Monumento 2, Cabeza que formaba parte de una escultura mayor. Colección Sáenz, México, D. F.



Lámina 4. Monumento 77 de La Venta, La Venta, Tabasco.



Lámina 5. Monumento 3, Cabeza que formaba parte de una escultura mayor. Colección Sáenz, México, D. F.



Lámina 6. Monumento 9 de La Venta, Museo del Estado, Villahermosa, Tabasco.

nentes. Los ojos son grandes y están rehundidos en forma de escuadra; el entrecejo se ve plano y la nariz, muy breve y chata, se apoya directamente sobre el labio superior. La protuberante boca tiene labios gruesos, el superior es ondulado y del inferior no se aprecia detalle; las comisuras se inclinan hacia abajo. De entre los labios entreabiertos asoman grandes colmillos que se curvan con las puntas hacia afuera. El mentón es pequeño, remetido y redondeado, y las mejillas de espacio reducido; los pómulos resaltan levemente. La cabeza se continúa hacia abajo con una amplísima superficie cóncava que la rebasa incluso en su ancho máximo; aparentemente, como otras esculturas olmecas, carecía de cuello y se encontraba descansando directamente sobre el cuerpo.

El tocado, que parece ceñirse a la voluminosa deformación craneana, lleva al frente una suerte de placa trapezoidal que, acaso, se continuaba como cresta en la parte central y superior y a lo largo de la cabeza y en sentido antero-posterior. Es semejante al tocado que usa la escultura conocida popularmente como "La Abuela", Monumento 5 de La Venta, que se encuentra en el Parque-Museo de Villahermosa, Tabasco.

Sobre las orejas, o sustituyéndolas, se mira a cada lado un resalte más o menos rectangular con incisiones o rehundimientos transversales; se trata, una vez más, de elementos simbólicos que contribuyen a precisar la identidad de la figura que los porta.

La Cabeza 3 de la colección, representa también a un ser sobrenatural; a diferencia del de la Cabeza 2, su rostro es el de un adulto; lo largos colmillos así lo sugieren.

Entre las imágenes de figuras compuestas, mezcla de rasgos de diversa índole, destacan, ya lo he dicho, dos conjuntos principales; en uno predominan los rasgos infantiles que repiten un patrón establecido y no permiten alteraciones; les es propia la boca de labios entreabiertos mostrando las encías desdentadas. En otro, los rasgos humanos se ven más alterados o francamente sustituidos por elementos que van contra el orden de la naturaleza visible; la boca de labios gruesos deja asomar los colmillos, y la apariencia general es monstruosa.

Tal parece que los rasgos físicos, característicos y constantes en las imágenes de cada uno de los conjuntos, les confieren su identidad. No ocurre lo mismo, sin embargo, con los elementos simbólicos como el tocado o los elementos que se sobreponen a las orejas

y aparecen indistintamente en imágenes de diferentes conjuntos. Es probable que los rasgos definan la imagen, y los elementos simbólicos aludan, en forma más general, a las propiedades sobrenaturales.

La Cabeza 3 guarda en su aspecto y en su significado, indudable relación con figuras como las de los monumentos 8, 9 (lámina 6) y 64 de La Venta; la del Monumento 5 de Estero Rabón, y la del Monumento 10 de San Lorenzo. En todas ellas, se aprecia que la imagen representada es una abstracción, distante de la realidad visualmente percibida.

Las tres cabezas de esta colección muestran varias de las soluciones formales del gran arte olmeca; revelan, también, algunos de sus significados primordiales. La primera se mantiene en armonía con el dato visual y lo ahonda y lo penetra, lo que da por resultado la efigie pétrea y el retrato. La segunda muestra el rostro olmeca infantil y convencional. No pretende figurar a persona determinada, sus rasgos —que recuerdan los de un niño inexpresivo— y sus atributos, parecen indicar el orden sobrenatural a que pertenece. La tercera es, de todas, la más alejada de lo humano. Su aspecto es casi monstruoso, no sin justificación autores norteamericanos han llamado a este tipo de representaciones *were jaguar*. Sin embargo, ya lo he dicho en otras ocasiones, los rasgos del jaguar no son predominantes; lo esencial es la combinación, en una entidad, de elementos fantásticos, felinos y humanos.

La escultura olmeca se muestra, una vez más, como un arte homocéntrico. Tiene siempre al hombre como núcleo principal de la representación, y puede reproducir fielmente su apariencia natural o transmutarla en imágenes que hacen concreta en sus formas otra realidad.

Las fotografías números 1, 3 y 5 son de Pedro Cuevas; la número 2 de Beatriz de la Fuente; la número 4 de Eduardo Contreras, y la número 6 de Constantino Reyes.